

poder. Desde el siglo sexto, quedó abolido el nombre de papa que se daba á los obispos, á fin de que, reservado tansolo al patriarca de Occidente, sirviese para distinguirlo y elevarlo sobre todos los que dividian con él las dignidades apostólicas.<sup>1</sup>

La sociedad de las almas producida por la cruz tendrá, pues, por carácter especial, el de ser sola y única; porque si las sociedades civiles, que dependen del arbitrio de los hombres pueden multiplicarse y tomar diversas formas, la sociedad moral que dimana de Dios y tiene por objeto el conocimiento y la verificación del bien, no podia sujetarse á diferentes direcciones. Para reunir en un centro de unidad la gran familia terrestre, ella se resumirá en un solo gefe, vicario de Jesucristo, centro de vitalidad moral, así como el corazon lo es de vitalidad física; principio motor que, recibiendo el impulso del mismo Dios, lo comunicará hasta las últimas fibras del gran cuerpo, de que es el alma. Era digno del que todo lo puede, querer que en la tierra no hubiese mas que un rebaño y un pastor: este es, ademas, el sello que llevan todas las obras de Dios: ellas están siempre dispuestas en el orden gerárquico mas perfecto. Partiendo de un solo punto descenden hasta su último término con una gradacion gerárquica tan armoniosa, como las diversas partes que la componen: lejos de chocarse entre sí, no hacen mas que prestarse un mútuo y constante apoyo. Así, pues, desde un tiempo inmemorial nada se ha podido encontrar mejor para confundir y avergonzar á las sociedades civiles de sus discordias, que oponerles, como Menenio Agripa, la armonía del cuerpo humano, este compendio de las maravillas de Dios.

Constituida por el modelo del ideal divino, la Iglesia nos presenta un vasto conjunto, coordinado gerárquicamente desde la base hasta la cima, subiendo con admirable proporcion sobre esta base. Por toda la tierra se estiende la jurisdiccion

<sup>1</sup> Véase á Hurter, *Cuadro de las Instituciones de la Edad Media*, pág. 67.

del pontífice de Roma, monarca soberano que reune en sí el gobierno y la sobrevigilancia de la Iglesia universal. En derredor de este trono monárquico se coloca una poderosa aristocracia de patriarcas, primados, arzobispos y obispos, á la cual está conferida una jurisdiccion mas inmediata sobre provincias particulares, ó sobre series de provincias. En fin, en los últimos escalones se estiende una especie de democracia activa, compuesta de sacerdotes, de diáconos, de subdiáconos, de simple clérigos que, en contacto habitual con los individuos les comunican la vida que ellos reciben de lo alto. “De este modo, dice el P. Lacordaire, reune en su seno todos los elementos del poder: la unidad que coordina, la accion que estiende, la moderacion que impide á la unidad ser absoluta, y la accion del ser independiente: economía perfecta que ningún gobierno ha poseido nunca, porque en todos los gobiernos humanos los tres elementos del poder procuran siempre destruirse el uno al otro á causa de las pasiones del hombre.”<sup>1</sup> Agreguemos aún, que en esta magnífica institucion, el orden está tan hábilmente combinado con la libertad, y la supremacía con la igualdad; que los gefes, tomados indistintamente de todas las clases sociales, reciben su dignidad de una libre eleccion, y que hasta los que guardan cerdos podrian, como Sixto V, subir las gradas del trono pontifical para ilustrarlo.

¿Pero de qué espíritu deberán estar animados los vicarios de Jesucristo sobre la tierra? Del espíritu de caridad, de humildad, de abnegacion, es decir, del espíritu mismo de su Maestro, que habiendo venido para servir y no para ser servido, les habia recomendado siguiesen su ejemplo por medio de estas afectuosas palabras: “Vosotros me llamais Maestro y Señor, y teneis razon, porque lo soy. Por lo mismo, si yo que soy vuestro Maestro y Señor os hé lavado los piés, vosotros debeis tambien lavároslos unos á otros.” Ellos deberán ser menos gefes que padres, y menos maestros que amigos. El

<sup>1</sup> Confes. de N. Sra., tom. I, pág. 40.

primero de entre ellos se le reconocerá siempre por el servidor de los servidores de Dios. Justamente con los obispos, sus hermanos, velará con una solicitud constante en los grandes intereses de las almas, en la integridad del dogma, en la pureza de la moral, en la santidad del culto, en la conservación de la disciplina. Enviados por ellos y bajo su alta dirección, los sacerdotes sembrarán por todas partes la palabra evangélica, administrarán la mayor parte de los sacramentos, ofrecerán el divino sacrificio, dispensarán, en una palabra, los beneficios de la encarnación. Ellos se mostrarán prontos siempre á volar donde el afligido pide consuelos, el pobre socorros, el enfermo alivios. Para consagrarse mas absolutamente al servicio de sus semejantes, todos los ministros de Cristo deberán renunciar á sí mismos y se desprenderán, segun el consejo del Apóstol, de las dulzuras de una familia propia, para no quitar nada de sus cuidados á la gran familia humana. Colocados en medio del mundo como la ciudad sobre la montaña, necesario es que su luz, brille delante de los hombres y los escite á tributar gloria á Dios; destinados á ser la sal de la tierra, su virtud debe estar exenta de toda corrupción. "Que el obispo, dice el Apóstol, sea irrepreensible, sobrio, prudente, grave, modesto, casto, hospitalario, instruido; que no sea inclinado al vino, ni violento, ni iracundo; sino antes bien, moderado, pacífico, equitativo y desinteresado. Necesario es que los demas rindan de él un testimonio favorable. Que de la misma manera, los diáconos sean honestos y arreglados; que no sean ni dobles en sus palabras, ni inclinados al vino, ni ávidos de una ganancia sórdida, sino que conserven el misterio de la fé con una conciencia pura. Ellos deben ser probados antes de admitírseles á las funciones del ministerio. Hombre de Dios, recomienda al sacerdote Timoteo, que observe en todo la justicia, la piedad, la fé, la caridad, la paciencia, la dulzura; conservaos puro y casto y sostened con denuedo y constancia el santo combate de la fé."<sup>1</sup>

<sup>1</sup> *Epíst. á Timot.*, capítulos 3 y 6.

La cruz, sin embargo, no habia circunscrito á estos límites la generosidad de sus instituciones. A fin de favorecer la consagración del sacerdocio, ella suscitó un ejército innumerable de hombres, desprendidos, cuanto cabe en la naturaleza humana, de las trabas del mundo y entregados á las prácticas de la mas alta perfección. Abdicando de la carne por la castidad, renunciando á las conveniencias materiales por la pobreza, y deponiendo á los piés de la Iglesia su voluntad por una completa obediencia, vinieron á ser en sus manos poderosos instrumentos de salvación para el mundo. Con tiempo los Antonios, los Pacomios y los Baslios prepararon en Oriente un refugio á los que huían de la devastación de los bárbaros ó temían el contagio del paganismo. Entregándose sus numerosos discípulos en la soledad del desierto y en la paz del monasterio al ejercicio de todas las virtudes cristianas, hicieron contrapeso á los vicios de sus contemporáneos, y vinieron á ser para los infieles y para los fieles relajados una predicción viva de la santidad y de la fuerza evangélica. En Occidente fué donde, sobre todo, la vida monástica tomó su verdadera forma y manifestó su unión orgánica con la Iglesia.

En tiempo en que la Europa no presentaba mas que ruinas y despojos materiales é intelectuales, se erigieron bajo la regla de San Agustín y de San Benito, numerosas comunidades que se propusieron por objeto general, desmontar ese doble desierto, haciendo volver á florecer en él al mismo tiempo, la cultura de los campos y la de las ciencias y de las artes. Los benedictinos, propiamente dichos, los clunisienses, los chartrenses, los cisterciacos, los agustinos y otros de no menor virtud y nombradía, estendieron en toda la Europa sus ramificaciones y la salvaron, por medio de sus constantes esfuerzos, de las tinieblas y de los males de la barbarie; ya unas veces, llevando la antorcha de la fé á las comarcas todavía idólatras, como San Agustín, San Bonifacio, San Ansario que convirtieron la Iglaterra, la Alemania, la Dina-

marca y la Suecia, ya conservando y reanimando los restos de los conocimientos antiguos y de las producciones del talento, fundando escuelas y contribuyendo á la reforma de las costumbres con sus ejemplos y predicaciones; ya enseñando á los hombres nuevos, como en otro tiempo los dioses á los hombres de la antigüedad, el arte de labrar la tierra y de hacerla fecunda, y ya, por último, suministrando á los reyes sus mas hábiles consejeros y á la Iglesia sus mas santos pontífices. Cuando tuvo lugar el concilio de Constanza, se contaban ya treinta y cinco papas, doscientos cardenales, mil ciento sesenta y cuatro arzobispos, tres mil quinientos doce obispos, una multitud innumerable de escritores, y cincuenta y cinco mil cuatrocientos sesenta monjes que habian vivido conforme á la regla de San Benito.<sup>1</sup>

Todas las órdenes monásticas se han distinguido por su caridad hácia los pobres, los enfermos y los caminantes; por su celo en difundir las luces del Evangelio y por su caridad ardiente en favor de la humanidad. Donde quiera que el hombre corria algun peligro, estaba seguro de encontrar religiosos que con desprecio de su propia vida velaban para conjurarlo. En la profundidad de los bosques, en la cima de las montañas cubiertas de eternas nieves, sobre el borde de los precipicios, en el fondo de los desiertos, su beneficencia habia establecido hospederías y organizado auxilios.

La caridad tuvo, sin embargo, sus representantes especiales. Cuando los musulmanes llegaron á hacerse dueños de la Palestina, los fieles á quienes su piedad impulsaba á visitar los Santos Lugares, no encontraban ya seguridad en los caminos ni donde abrigarse al término de su viaje. Gerardo Thom funda entonces la orden de los *Hermanos Hospitalarios* para recoger á los peregrinos y proporcionarles alivio á sus fatigas y sufrimientos. Ellos desempeñaron su noble encargo con el mayor celo, llevando su dedicacion hasta el punto de no comer sino pan de salvado para reservar á los enfermos

<sup>1</sup> *Binterim*, III, II, 449.

el de trigo puro. Pero muy pronto la narracion y la vista de los ultrajes y malos tratamientos que sufrían sus hermanos por parte de los infieles enardecieron su celo; ellos se armaron para defenderlos, y estos monjes soldados, bajo el nombre de *Caballeros de San Juan de Jerusalem, del Templo y de la Orden Teutónica*, vinieron á ser el mas poderoso baluarte de la Europa contra las invasiones del mahometismo. Mas tarde Gui de Montpellier generalizó la institucion de los *Hermanos hospitalarios* formando una asociacion esclusivamente consagrada al alivio de los enfermos y de los pobres; y poco despues Juan de Matha, completó las obras destinadas á reparar los daños causados por los musulmanes á los cristianos, fundando la orden de los *Trinitarios* que con la bolsa de la caridad en la mano, debían ir á afrontar la peste, la esclavitud y el martirio para arrancar sus hermanos cautivos á las cadenas de los bárbaros discípulos del Corán.

Pero, velando siempre en los peligros exteriores, era necesario pensar tambien en los peligros interiores: combatiendo siempre á los enemigos del cuerpo, era necesario hacer frente al mismo tiempo á los enemigos del alma. Cuando el espíritu pagano, alterando el dogma por las sutilezas de la discusion y desnaturalizando la moral por la ostentacion de falsas virtudes, que encubrian vicios odiosos, hacia vacilar á los doctos y arrastraba á los ignorantes; cuando los herejes recorrian el mundo esparciendo en él sus funestas doctrinas, la Iglesia tuvo tambien, segun observa el P. Lacordaire, sus predicadores contra aquellos predicadores, y á este fin dos nuevas órdenes monásticas aparecieron: la de San Francisco de Asís y la de Santo Domingo. Estas dos órdenes tenían una doble mision que llenar. Siguiendo por una parte al sofisma en el terreno que se colocaba, ellas le combatieron en las altas regiones de la ciencia; y descendiendo por la otra hasta el pueblo y mezclándose en él, le sostenian en sus buenos instintos, é impedían que se estraviase en su impetuosa actividad.

Así, pues, jamás el celo de la milicia sagrada hizo falta á la Iglesia. En la sucesion de los siglos, á medida que los peligros ó las necesidades acrecian, que los enemigos se multiplicaban y aumentaban en poder, se veian campeones mas ardientes bajar á la arena y sostener con un vigor infatigable los derechos de la cruz.

Todavía más: á los héroes esclarecidos de la santa milicia se asociaron heroínas no menos ilustres. La debilidad del sexo quedó vencida. Levantadas de la abyeccion en que yacian, por la doctrina evangélica, las mujeres rivalizaron en celo y en ardor con el sexo mas fuerte; y si la naturaleza de las funciones del sacerdocio no era compatible con su propia naturaleza, ellas demostraron que tenian una fuerza viril en la esfera del sacrificio y de la caridad. A ejemplo de los hombres fundaron innumerables comunidades religiosas en las cuales vivieron practicando las mas puras virtudes: ellas tributaron á la religion y á la humanidad servicios inestimables que aceptó y bendijo la Iglesia reconocida.

La sociedad moral nacida de la cruz, enriquecida ya con tan preciosos servicios, pudo presentarse al mundo adornada con los gloriosos títulos de bienhechora y civilizadora de los pueblos. Todos esos innumerables hijos é hijas de Dios arrancándose voluntariamente á la vida general, no solamente dejaban mas savia como los vástagos separados de la viña dejan mas jugo á la cepa, sino que elevándose á una actividad superior, en vez de morir como aquellos, le comunicaban mayor energía y vigor; semejantes á esos viajeros que bajándose del carro para aligerarle en un paso difícil, le prestan ademas el auxilio de sus brazos para ayudarle á salir de él.

Por la oracion continua y la contemplacion, ellos unian la tierra con el cielo; la iluminaban con la luz de la ciencia, la atraian al camino del bien por medio de su palabra y por el ejemplo de sus virtudes: sobre ella hacian caer todos los frutos temporales y espirituales de su austera penitencia, en-

señándola á resignarse al sufrimiento, á la pobreza, á las miserias, á que se entregaban ellos mismos para librarla.

Sin duda que la debilidad humana, junto con las costumbres de los tiempos bárbaros ú otras desgraciadas circunstancias, ha podido hacer que las instituciones monásticas se desviasen de su destino primitivo y que se introdujesen los abusos en ellas; pero, ademas de que todo lo que toca al hombre por cualquiera punto no puede evitar la corrupcion, cuyo gérmen lleva en su misma naturaleza, si solo se quieren mirar en las cosas los abusos, no habria nada que pudiera considerarse bueno: seria necesario rechazar hasta el pan que nos alimenta y el licor generoso que nos fortifica, porque pudiesen contener alguna sustancia impura. ¿Y qué tenemos que hacer aquí con el hombre y su corrupcion? Se trata únicamente de la Iglesia y de sus intenciones sublimes que nada pueden alterar: por lo demas, los abusos no tienen ningun valor contra una institucion de la cual ha podido decir M. de Chateaubriand con toda verdad: "El mas bello elogio que podriamos hacer de la vida monástica seria presentar el catálogo de los trabajos á que se ha consagrado. Comenzariamos por hacer la lista de las calamidades que agovian el alma ó el cuerpo del hombre, y colocariamos bajo cada dolor la asociacion cristiana que se dedica al consuelo de este dolor. No hay en esto exageracion: un hombre puede pensar en tal ó cual miseria, y se puede apostar mil contra uno que la religion ha adivinado su pensamiento y preparado el remedio."<sup>1</sup>

Ved ahí lo que la cruz ha hecho para asegurar entre nosotros el establecimiento, la interpretacion y la ejecucion de la legislacion moral. Sobre el océano anárquico de los principios, en que la humanidad flotaba sin guía al impulso de todos los vientos, ella ha lanzado una arca santa, que regida por la mano infalible de Pedro y servida por intrépidos marineros, navegará felizmente por en medio de todos los escollos, y ofrecerá siempre un refugio seguro á los náufragos de los errores y de las pasiones humanas.

<sup>1</sup> Genio del cristianismo, tom. III, páginas 61 y 223.